



## Los Miedos del Católico Sr. Alejandro Bermúdez, Director ACI Prensa

"Y (Adán) respondió: 'Te oí en el huerto, **tuve miedo** porque estaba desnudo, y me escondí'. Y Dios le dijo: '¿Quién te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del cual te mandé que no comieras?'" (Gen 3,11-12)

Este es un dato importante que los católicos no deberíamos pasar por alto: en el libro del Génesis la primera evidencia que Dios tiene de que el hombre ha caído es el miedo. Es decir, la primera evidencia del trágico tránsito de la realidad de plena unión de Dios con el hombre a la situación de ruptura, de caída; es el miedo.

No digo que el miedo sea la principal consecuencia del pecado. Todos sabemos que la herida que el pecado original produce en la naturaleza tiene efectos más graves.

Sólo quiero proponer un asunto a la atención del católico de hoy, especialmente ante el desafío de la vida pública: que el miedo no es solo un problema real, sino además **grave e inmediato** al que no le hemos prestado suficiente atención.

Y quisiera proponer este tema, no desde una perspectiva teórica, que con más pertinencia podría tratar un teólogo o un filósofo; sino desde la perspectiva práctica, limitada, de un periodista que diariamente recibe las inquietudes de católicos del mundo hispanohablante, y que con frecuencia encuentra un común denominador: el miedo.

Quisiera comenzar estableciendo la credibilidad de mi inquietud con una observación que, insisto, no tiene valor filosófico ni teológico; pero que evidencia en mi opinión la urgencia de reflexionar sobre el tema, pero más importante aún, de actuar ante él.

Me refiero al hecho notable de que, si nos obligaran a escoger una frase-consigna para resumir el colosal pontificado del Beato Juan Pablo II; es decir, resumir el pontificado que prácticamente cubrió todo rubro imaginable en la vida de la Iglesia y del mundo, diríamos que fue "No tengáis miedo".

¿Por qué el pontificado que marca el ingreso pleno a la Iglesia del Concilio Vaticano II, a la del Tercer Milenio, a la de la nueva evangelización, elegiría esa frase? Más aún, ¿Por qué el Papa Benedicto XVI la señalaría, en el discurso inaugural de su Pontificado, como la frase que marca uno de los principales hilos de continuidad de su ministerio?

Con esta interrogante, que obviamente apunta hacia el carácter profético contemporáneo de esta consigna, paso a la propuesta del tema.

Un buen punto de partida tal vez sea darle una mirada fresca a un pasaje del Evangelio que nos es bastante familiar: la parábola de los talentos. Todos conocemos la parábola, pero temo que con frecuencia se nos escapa un detalle importante: la profunda reflexión que propone sobre el miedo y sobre lo que Dios espera de nosotros al respecto.

Cito la última parte de la parábola:

"Llegándose también el que había recibido un talento dijo: 'Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso **me dio miedo**, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo.' Mas su señor le respondió: 'Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí; debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses'" (Mt. 25, 24-27).

La Tradición llama a este obrero "perezoso" o, en su defecto "temeroso", estableciendo una interesante relación entre la pereza y el miedo, que se unen en el vicio espiritual que llamamos "acedia", y que el P. Horacio Bojorge llama "la enfermedad espiritual de nuestro tiempo"<sup>1</sup>

Dejo la profundización de este tema a los expertos y me limito a lo mío, que es simplemente observar y anotar.

En este pasaje podemos ver primero, un hecho curioso: el carácter insultante de la respuesta del obrero temeroso: "eres un hombre duro" e injusto...

En segundo lugar, la falta de lógica de la respuesta ... "*por eso me dio miedo*" ¿Por eso? ¿Dónde está el "por tanto", el "ergo" aquí? ¿Por qué cree este trabajador cobarde que él vio algo que los otros dos, más hacendosos, no habían visto?

En tercer lugar, la respuesta del señor de la parábola, que es la respuesta de Dios, que curiosamente no se detiene en la ofensa, sino que la utiliza para destacar la falta de lógica: "si sabes que yo cosecho y recojo... ¿Por qué no entregaste mi dinero al banco?"

En otras palabras, la respuesta de Dios es: si vas a tenerle miedo a alguien, *tenme miedo a mí*, tenle miedo al Juicio de Dios, a la opinión de Dios, a los estándares de Dios.

Es decir, el mensaje de este pasaje evangélico es que si el católico quiere darse el lujo de tener miedo, porque al fin y al cabo el miedo es una realidad inevitable en nuestra situación post pecado original, tiene que tenerle miedo sólo a Dios y al juicio de Dios.

Todo otro miedo es indebido, es consecuencia directa del pecado, expresión del pecado, cuando no una contribución, usualmente por omisión, con el mal en el mundo.

Quisiera señalar ahora algunas manifestaciones de este miedo indebido del católico, una lista que supongo incompleta, pero que se basa en mi experiencia. Organizo estas manifestaciones en categorías que no necesariamente se excluyen mutuamente, por el contrario, muchas veces se superponen en el pensar, sentir y actuar de muchos católicos.

### **1) La presunción de que somos nosotros los que debemos defendernos.**

Esta idea irracional es lo que podríamos calificar de "complejo de inferioridad" del católico. Consiste en la creencia de que es el católico quien debe justificar su fe, y no son los miembros de otra religión, los agnósticos o catolicófobos quienes tienen que sustentar su propia posición.

El ejemplo extremo de esta idea errada es la consulta que alguna vez recibí de un seguidor de mi podcast "Punto de Vista": "Por favor, ¡urgente! ¿Qué le respondo a un amigo evangélico que me dice que su

---

<sup>1</sup> Ver "En mi sed me dieron vinagre. La civilización de la acedia". P. Horacio Bojorge SJ; Editorial Lumen, Buenos Aires, 1999, 190 págs.

pastor le ha dicho que debajo del Vaticano hay un sótano de diez pisos, en el último de los cuales se le rinde culto a Satanás?”

¿Qué le hace pensar a un católico que tiene que responder a una sandez de este calibre? ¿Por qué creemos que tenemos que decir algo distinto de –con toda la caridad del caso- “dile a tu pastor que está mal de la cabeza”?

Si somos católicos es porque creemos que lo que la Iglesia enseña como sacramento de salvación fundada por Jesucristo, es verdad; y por tanto, que quien no está con la Iglesia, está en algún grado de error. Esto puede resultar ofensivo o políticamente incorrecto para algunos; pero no debería serlo porque la lógica es muy sencilla: ¿Por qué sería católico –con todas sus exigencias y desafíos- si no creyera que lo que dice el Señor, que lo que dice la Iglesia, es verdad?

Quien no puede vivir según esta lógica sencilla, simplemente no puede ser católico. Podrá declararse simpatizante o interesado, pero no católico.

Una vez descubierta esta lógica, el católico debe comprender que es él quien debe hacer las preguntas. Si nos lanzan lo que llamo argumentos/garrote –que no buscan aclarar situaciones sino amedrentarnos- como “¿Y la Inquisición?” “¿Y las Cruzadas?”, debemos responder ¿Qué hay con la Inquisición? ¿Qué hay con las Cruzadas?

Una vez más, no somos nosotros quienes tenemos que dar explicaciones. Ciertamente debemos estar en capacidad de dar razones de nuestra fe, como voy a explicar, pero no somos nosotros quien debemos justificarnos. Justificarse no es dar razón de la fe. Es sólo una defensa inútil que confirma a nuestros interlocutores que ellos son quienes tienen el derecho absoluto de hacer las preguntas.

## **2) La creencia de no estar “suficientemente preparados”**

Sin duda existe un gravísimo desconocimiento de la fe entre los católicos de hoy. Creo firmemente que uno de los problemas más serios de nuestra era en la Iglesia es el colapso de la catequesis. La consecuencia de ello es que la mayoría de los católicos, muchas veces incluyendo sacerdotes, no tienen idea de qué significa ser católico. Esta ignorancia contribuye a la forma de miedo que mencionaba primero, el “complejo de inferioridad” del católico.

Y lo peor de todo es que los católicos contamos con un recurso de oro: el Catecismo de la Iglesia Católica.

Al respecto, los católicos debemos recibir hoy con enorme entusiasmo la convocatoria a un Año de la Fe hecha por el Papa Benedicto XVI. Entre muchas razones, por la invitación a conocer en serio nuestra fe. En su carta *Porta Fidei*, el Papa, en efecto, escribe: “Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el Catecismo de la Iglesia Católica un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II (...) Precisamente en este horizonte, el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica (...) Así, pues, el Catecismo de la Iglesia Católica podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural”<sup>2</sup>.

Dicho esto, es decir, reconociendo la seria falta de formación y la urgencia de solucionarla; me sorprende el número de católicos que, como consecuencia en parte del “complejo de inferioridad”, creen que necesitan un conocimiento enciclopédico, el manejo de todos los posibles argumentos apologeticos o

---

<sup>2</sup> S.S. Benedicto XVI, Carta Apostólica en forma motu Proprio *Porta Fidei*, 17 de Octubre de 2011

haber seguido todos los posibles cursos de formación para recién aventurarse al anuncio y testimonio de la fe en el ámbito público.

En el fondo, esta es la intelectualización del miedo; es una idea errada que se manifiesta en otro ejemplo: lo que decía una persona cada vez que trataban de animarla a salir a invitar a gente del barrio a Misa como parte de una misión parroquial. Esta persona argumentaba: "yo no tengo miedo, sino un poco de inseguridad de no saber lo suficiente, de no estar preparado por si me hacen una pregunta que yo no sabría responder". La persona asistió a todos los cursos de formación que la parroquia brindaba... ¡Y nunca salió a invitar a la gente a Misa porque nunca se sintió "preparada"!

Propongo que esta actitud tiene muy poco que ver con la formación, y mucho que ver con la idea errada de que un instrumento *mental*—en este caso la formación— va a cambiar la actitud *vital* del miedo. Este tipo de temor se cura sólo con la valentía de la Gracia, que nos lleva a *sobrellevar* el miedo, es decir, a aceptar que el miedo tenga todas sus posibles consecuencias psicológicas y somáticas—sudor, temblor, sequedad de boca, etc.— pero que no van a impedir al cristiano hablar y decir lo que corresponde decir cuando lo debe decir.

Cabe recordar que la diferencia entre un valiente y un cobarde no es el miedo: ambos tienen miedo. La diferencia es que el cobarde se deja paralizar y dominar por él, mientras que el valiente se sobrepone, animado por el sentido del deber y el amor a la misión, a todos los efectos del miedo.

### **3) El temor al rechazo, desde el "desentonar" hasta el pánico a sufrir**

A nadie le gusta ser rechazado. Más aún, el ser aceptado, el "pertenecer", son necesidades que surgen del dinamismo propio de la naturaleza humana. El problema es cuando esta necesidad se pone por encima de otras, incluyendo las virtudes de la vida cristiana. Ahí es cuando la virtud cardinal de la prudencia se corrompe en lo que los clásicos espirituales llaman "prudencia de la carne", que no sólo es, como suele ser definida, una "astucia y sagacidad para el mal", sino también una habilidad mental para justificar, con razones supuestamente cristianas, como un falso sentido de la caridad o un falso sentido de lo que creemos es "el momento adecuado", para no dar el testimonio ni defender la causa que nos toca.

En ACI Prensa recibimos numerosas denuncias de católicos que nos piden cubrir como noticia algo injusto o inmoral que sucede en tal o cual lugar. Nosotros siempre respondemos que, para poder hacer una noticia, necesitamos personas concretas locales que quieran hablar, denunciar y explicar. El 60% de estas noticias no salen nunca, porque los locales no quieren dar la cara cuando se trata de hablar claro. Todos quieren o el anonimato o simplemente no hablar.

En otras ocasiones he escuchado a católicos quejarse de las autoridades eclesiales por supuestamente "no actuar" en materias que corresponde principalmente a los laicos abordar.

En el fondo, existe el temor de "quedar mal" "ser-tachado-de", ser rechazado.

Bueno, pues tengo noticia de último momento: el mundo, en el sentido espiritual de este concepto, ino odia! ¡Jesús lo advirtió! Y no existe ninguna estrategia o fórmula de "marketing" o "técnica" que garantice una firme y eficaz presencia católica en la vida pública que venga sin el sufrimiento que Jesucristo anunció como realidad inevitable del apostolado.

### **4) El apego a paradigmas**

En general, todo paradigma es útil: el paradigma establece reglas para manejar una situación, y al mismo tiempo establece límites. Pero el católico en la vida pública no se puede conformar con las "normas escritas" sobre cómo se hacen las cosas. Como señala el Papa Benedicto XVI, nosotros tenemos que

aspirar a ser una minoría creativa. ¿No son exitosas acaso las campañas de grupos sorprendentemente minoritarios, como los que impulsan la legalización del "homonomio"? Se trata de pensar "fuera de la caja" sin temor, sabiendo que la forma de hacer las cosas de hoy no necesariamente en la forma en que nosotros debemos hacerlas.

Estoy convencido de que una exitosa presencia católica en la vida pública sólo será posible sin los católicos establecemos nuevos paradigmas.

\*\*\*\*\*

Los desafíos que menciono arriba, aunque preocupantes, me parecen sin embargo posibles de superar; pues creo que el sentido de misión, el deseo de anunciar el Evangelio que arde en nuestros corazones, y muy especialmente, la gracia de Dios que se manifiesta de manera especial en los pontífices que marcan nuestra experiencia eclesial, son un poderoso antídoto.

Precisamente quiero concluir recordando las palabras del Beato Juan Pablo II en aquel discurso inaugural de su pontificado: "¡Hermanos y hermanas! ¡no tengáis miedo de recibir a Cristo y de aceptar su potestad! ¡Ayudad al Papa y a todos los que quieran servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a toda la humanidad! ¡No tengáis miedo! ¡Abrid, y aun de par en par, las puertas a Cristo!"<sup>3</sup>

Y como corolario de ellas, las palabras de Benedicto XVI: "Hoy quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida. Amén."<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Homilía del Papa Juan Pablo II en el comienzo de su Pontificado (22 de octubre de 1978)

<sup>4</sup> Homilía del Papa Benedicto XVI en el comienzo de su Pontificado (24 de abril de 2005)